

REVISTA STVLTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 8, NÚMERO 1,
PRIMER SEMESTRE DEL 2025
ISSN 0719-983X



UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE
SEDE PUERTO MONTT



Reflexiones sobre el populismo historiográfico en España. Un ejercicio de historiografía del presente

Reflections on historiographical populism in Spain. An exercise in historiography of the present

Edgar Straehle Porras
Universitat de Barcelona, España

Resumen

En este artículo se propone y analiza la categoría de populismo historiográfico. Se impulsa y desarrolla este concepto para hacer referencia a un tipo de relatos de la historia que, entre otras cosas y bajo el escudo de la divulgación histórica, politiza descaradamente el pasado, no sigue con rigor la metodología histórica, persigue fundamentalmente la conquista de la opinión, recurre a estrategias populistas, emotivas y presentistas e incluso se enfrenta públicamente a la investigación académica. El objetivo del texto es mostrar las especificidades de esta categoría de tanta influencia a nivel público y político hoy en día, analizar los diferentes tipos de recursos que emplea, distinguirlo de otros conceptos como los de nacionalismo historiográfico, revisionismo o pseudohistoria y, en fin, abordar algunos de los conflictos actuales entre la historia, la memoria y la posverdad.

Palabras clave: populismo historiográfico, revisionismo, pseudohistoria, nacionalismo, historiografía

Abstract

This article proposes and analyzes the category of historiographic populism. This concept is proposed and developed to refer to a type of accounts of history that, among other things and under the shield of historical dissemination, blatantly politicizes the past, does not rigorously follow historical methodology, fundamentally pursues the conquest of opinion, resorts to populist, emotive and

Recibido: 22/07/2024. Aceptado: 2/09/2024



Edgar Straehle Porras es Doctor en Filosofía por la Universitat de Barcelona. En la actualidad es técnico superior en el Museo de Historia de Barcelona (MUHBA), integrante del Seminario Filosofía y Género y miembro del centro de investigación ADHUC-Centre de Recerca Teoria, Gènere i Sexualitat. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5200-9371>

Contacto: edgarstraehle@gmail.com

Cómo citar: Straehle-Porras, E. (2025). Reflexiones sobre el populismo historiográfico en España. Un ejercicio de historiografía del presente. *Revista stultifera*, 8(1), 29-58. DOI: 10.4206/rev.stultifera.2025.v8n1-02.

REFLEXIONES SOBRE EL POPULISMO HISTORIOGRÁFICO

presentist strategies and even confronts academic research. The aim of the text is to show the specificities of this category, which is so influential at the public and political level today, to analyze the resources it employs, to distinguish it from other concepts such as historiographic nationalism, revisionism or pseudohistory, and to address some of the current conflicts between history, memory and post-truth.

Keywords: historiographical populism, revisionism, pseudo-history, nationalism, historiography

Si existe una guerra de propaganda inevitable, España debe tener clara cuál es o debe ser su estrategia a este respecto. La mejor guerra es la que no se produce, pero una vez iniciada solo se ganan las batallas a las que se hace frente. Si no cambian mucho las cosas, resulta fácil adivinar quién va a ganar la batalla del relato, por mera incomparecencia del contrincante al que tocaría defender a España. Sería lamentable que, como en 1808, tuviera que ser una vez más el pueblo, bajo el formato de guerra informal o guerrillas informativas, el que debiera enfrentarse en solitario a un ejército poderoso y perfectamente entrenado en el arte de la manipulación. ¿Por qué no se denuncia bilateralmente y ante foros internacionales la hispanofobia, como se hace cotidianamente con el antisemitismo, la islamofobia o la homofobia? (Alberto Ibáñez, *La leyenda negra. Historia del odio a España*, 2018, p. 572-573)

La Historia es un campo de batalla, lo ha sido siempre y no se gana nada ocultándolo. También este es, por supuesto, un libro de batalla. (José Javier Esparza, *No te arrepientas. 35 razones para estar orgulloso de la historia de España*, 2021, p. 7)

El único camino sensato es combatir, por todos los medios posibles, los viejos mitos de España y reaprenderlo todo de nuevo. (Capitán Bitcoin, *Disidencia histórica. Manual Básico de Historia para la Defensa de España*, 2023, p. 234)

Gran cantidad de obras históricas nos dicen mucho más de su época, al echar luz sobre su imaginario y sus representaciones, que del pasado cuyos misterios querrían descubrir. (Enzo Traverso, *La historia como campo de batalla*, 2012, p. 14-15)

La importancia y utilidad de la historia para la política viene de antiguo. También las tentaciones de instrumentalizarla con el fin de ahorrarla a los requerimientos del presente. De ahí que la historia sea un terreno insistentemente politizado y proliferen visiones parciales, sesgadas y presentistas del pasado. Se trata de un fenómeno conocido, y ha habido ya unos cuantos estudios al respecto (Black, 2014; Lowe, 2021; MacMillan, 2010). No obstante, el problema de este tipo de obras es que se suelen focalizar más en exponer los contenidos, a veces apelando sin más a conceptos como el de *fake history*, sin intentar comprender la problemática relación que establecen con la verdad ni las razones que explican el gran éxito contemporáneo de este tipo de enfoques (Teeuwisse, 2023).

Así pues, lo que aún no se ha analizado es cómo muchos de esos relatos se difunden eficazmente a nivel público gracias a una serie de rasgos, muchos de carácter formal, que coinciden con lo que hemos denominado *populismo historiográfico* (Straehle, 2021), el cual destaca no solamente por su popularidad, sino también por sus repercusiones e influencia en el debate público. De hecho, se debe decir que buena parte de las polémicas históricas dirimidas en su seno son bastante ajenas a la investigación histórica actual y sus últimos avances. De esta forma se evidencia que no parece ser contradictorio que el interés público o político por la historia se acompañe de un desinterés por el estado real de su conocimiento actual. Por ello, el objetivo de este artículo es ahondar en estos relatos que en nombre de la historia difunden interpretaciones sesgadas y populares y que, sin embargo, se mueven en un terreno más ambiguo y al mismo tiempo eficaz que el de la pseudohistoria. Para ello, y pese a que se trate de un fenómeno internacional, nos centraremos en el caso español, donde el populismo historiográfico ha tenido una creciente influencia en los últimos años; sobre todo, mas no exclusivamente, desde unas perspectivas nacionalistas (Batalla, 2021).

Pese a que no haya sido un objeto de gran atención, hace ya años que se han propuesto etiquetas relacionadas como las de *criptohistory*, *weird history*, *junk history* o *fake history* que conectan con la preocupación por las “otras maneras” de hacer historiografía (Melleuish *et al.*, 2009). En Francia, un país donde las luchas por la historia han tenido una destacada visibilidad en los últimos años e incluso se ha fundado un *Comité de vigilance face aux usages publics de l'histoire* (2005), se ha denunciado asimismo el regreso de una “novela nacional” (*roman nationale*) en nombre

de la historia y centrada en grandes personajes, que Nicolas Offenstadt (2009) ha bautizado con el nombre de *histoire bling-bling*, pero en cuyos rasgos, por desgracia, no profundiza ni examina pormenorizadamente.

Sin embargo, y aunque comparta rasgos con estas perspectivas, se debe decir asimismo que el populismo historiográfico se singulariza por unos rasgos particulares que convendría analizar con mayor detalle. Y no solo porque ayudan a ahondar en la relación entre la historia y la pseudohistoria, sino también porque tiene una influencia mucho mayor que esta última. Es decir, el problema actual no es tanto la pseudohistoria, cuya repercusión es comparativamente menor, como esta categoría más ambigua e intermedia que a nivel público logra pasar frecuentemente por auténtica historia. De hecho, tachar a este tipo de libros de pseudohistoria no suele conducir sino a su reforzamiento público, pues —como se explicará— su relación con el conocimiento histórico es ciertamente más compleja.

Bajo la etiqueta de populismo historiográfico hago referencia a un tipo de enfoque de la historia caracterizado por querer (y a menudo conseguir) propalar versiones parciales y presentistas del pasado cuyo éxito en buena medida descansa en saber servirse de una panoplia de recursos de carácter populista como los detallados más adelante. Más que sus rasgos ideológicos, pues, sobresale por su estilo discursivo o comunicativo, acusadamente directo, emocional, beligerante, simplista e incluso hiperbólico, con el que procura complacer o movilizar a su público (Canovan, 1999, p. 6). Por ello mismo, puede ser entendido como una versión adicional de los actuales “contraconocimientos” (*counterknowledges*), por servirnos del concepto de Damian Thompson (2008). A fin de cuentas, también el populismo historiográfico se cultiva bajo la forma de discursos de combate y de confrontación que abiertamente pugnan con otros frente a los cuales quiere prevalecer en el ámbito público y a los que, con mayor o menor razón según el caso, se refiere como hegemónicos o dominantes.

Una paradoja es que el auge actual del populismo historiográfico ocurre en una época en que, con sus limitaciones y la pluralidad inherente a la disciplina, la calidad de la investigación histórica en España y en el extranjero es muy elevada. Es decir, cuando tantos libros valiosos de historia hay para conocer, problematizar y matizar desde diversos ángulos lo acaecido en el pasado, es también cuando abundan *best-sellers* que acuden a perspectivas más simplistas y sesgadas que omiten, desconocen o desprecian el estado de esas investigaciones y divulgan tesis a menudo hace

tiempo refutadas; tesis que, más deformadas aún y reducidas incluso a *memes*, se repiten, amplifican y circulan con profusión por los medios o las redes.

Ahora bien, quizá no sea del todo una paradoja y se asocie en parte a la creciente desconexión entre la dimensión académica y la pública de la historia. Tampoco hay que olvidar las dificultades de la investigación histórica a la hora de divulgar los progresos alcanzados, explicables por factores como el exceso de especialización, la tendencia a encerrarse en los círculos académicos, un *publish or perish* materializado en *papers* básicamente leídos por especialistas o una precariedad que dificulta una divulgación poco valorada para poder progresar laboralmente en la universidad. Además, y a pesar de los éxitos de ventas de muchos de ellos, un buen número de los autores aquí mencionados no son conocidos ni leídos por los investigadores en historia, atestiguando así el reverso de la desconexión comentada. Y todo eso conduce a la cuestión que justifica la escritura de este artículo: hasta qué punto el conocimiento de la historia por parte de la sociedad se alimenta actualmente más de afirmaciones y marcos derivados de estos enfoques populistas que de la misma investigación histórica.

De todos modos, también se debe decir que, en los últimos tiempos, y como respuesta a estas politizaciones de la historia, desde la academia se han impulsado algunas obras como el libro colectivo *Vox frente a la historia* (Casquete, 2023), partido que sin duda se ha beneficiado mucho del auge actual del populismo historiográfico, o *¡Reconquista! ¿Reconquista? Reconquista* (Porrinas, 2024).

Por otro lado, este auge del populismo historiográfico no solo deriva de los errores o déficits de “la academia”, palabra conscientemente problemática, pues no pocas grandes contribuciones a la historia se hacen con rigor fuera de los ámbitos universitarios, mientras que en su interior también se escriben obras cuestionables. El problema reside en que los requisitos y virtudes ideales de la investigación histórica (tales como la imparcialidad, el desapasionamiento, la distancia crítica frente al objeto de estudio, la búsqueda más de la comprensión que del juicio, el uso de fuentes de los diferentes bandos, el tratamiento crítico y no tergiversación de los documentos, la evitación en la medida de lo posible de anacronismos y del presentismo, la no generalización, la cautela a la hora de extraer conclusiones...) dificultan que sus publicaciones puedan competir en

cuanto a público con relatos inflamados y reduccionistas, los cuales son mucho más fácilmente consumibles o políticamente utilizables. En definitiva, esa historia que interesa y se demanda no suele ser la que se reconoce en una complejidad que desautoriza las grandes generalizaciones e instrumentalizaciones del pasado, sino la oportunamente distorsionada, simplificada y *presentizada*; aquella a la que se recurre para legitimar y reafirmar las propias posturas políticas desde la “autoridad del pasado” y, con ello, en verdad se la amolda a los intereses del presente. La historia que en tales casos *habla* no es tanto la voz del pasado como la de un presente emboscado que lo hace en nombre de esos tiempos anteriores a los que pretendidamente apela.

A lo largo de este artículo, y después de contextualizarlo en la coyuntura del presente, se analizarán las principales características del populismo historiográfico a partir de ejemplos de obras actuales y en diálogo o en contraste con otros conceptos como los de nacionalismo historiográfico, revisionismo o pseudohistoria. Para ello se ha servido de temas muy jugosos en ventas como han sido la memoria imperial, la Reconquista —vieja cuestión que últimamente ha regresado con gran fuerza y donde se entremezclan sin cesar lo histórico y lo político (García Sanjuán, 2019)— y sobre todo la Leyenda Negra, nuevamente de moda gracias a *best-sellers* como *Imperiofobia y Leyenda Negra* de María Elvira Roca Barea.¹ No por casualidad, en todas estas obras se confunden continuamente el pasado y el presente.

Convendría, para empezar, evitar posturas adanistas. Por supuesto, el populismo historiográfico no es en rigor un fenómeno novedoso y muchos rasgos aquí comentados, cuando menos por separado, pueden hallarse en cuantiosas obras del pasado, dado que los intentos de influir políticamente en la explicación de la historia vienen de antiguo. Ahora bien, también se debe decir que es en la actualidad —y en un contexto marcado por el populismo, la posverdad, la extensa influencia de las redes y la crisis de las mediaciones (Sánchez Cuenca, 2022)— cuando el populismo historiográfico ha encontrado un terreno muy propicio para su éxito social y político, que al mismo tiempo sume a la investigación histórica en una situación de impotencia y frustra los sueños ilustrados en este campo. Otro aspecto coincidente y no poco importante reside en la llamada “crisis contemporánea del futuro” (Fisher, 2016; Garcés, 2023) o, por decirlo con Zygmunt Bauman (2017), la relacionada popularización de esas utopías vueltas hacia el

pasado que denominó *retrotopías*. En un momento en que es difícil confiar en la posibilidad de un futuro auténticamente promisorio y esperanzador, no es casualidad que el pasado haya ganado una mayor relevancia y se haya convertido en una forma alternativa de mirar hacia los tiempos venideros. Como apuntó este sociólogo, el auge contemporáneo de estas memorias se explica por la creciente pérdida de esperanza en un porvenir alternativo a la deriva contemporánea y, asimismo, por el hecho de que, en un momento en que tan difícil parece transformar el presente, mucha gente prefiere refugiarse en un pasado previamente distorsionado y, por así decir, mucho más fácil de cambiar o manipular (Bauman, 2017, p. 64). De ahí la habitual tendencia actual a la politización de la historia.

Además, el papel de la tecnología resulta también crucial, pues facilita que determinados formatos a la hora de explicar la historia —algunos de carácter más oral, como en el caso de los *podcasts* o de plataformas como Youtube y semejantes— tengan una amplia popularidad e incidencia todavía insuficientemente estudiada.² Según Jason Steinhauer (2021), hay un conflicto estructural entre la historia profesional y la digital (la denomina *e-history*). La primera implica una mayor lentitud, pues para escribir artículos académicos o libros se necesitan fácilmente meses o años, y mucho más tiempo conseguir algo así como convertirse en un experto en la materia. Salvo algunas excepciones, la segunda es mucho más inmediata, tanto en su producción como en sus resultados, y generalmente conecta no tanto con la búsqueda del conocimiento como con la popularidad, la viralización y el número de *clicks*, *likes* o *retuits*. De ahí que Steinhauer llegue a comentar que, mientras el valor de la primera es intrínseco, el de la segunda es extrínseco.

La relación entre el populismo y el nacionalismo historiográfico

La categoría de populismo historiográfico es compleja, porosa y transversal. Además, puede ser cultivada desde una multitud de perspectivas, ideologías y temas distintos. Sin embargo, y a causa de su carácter histórico, tiene un acomodo más fácil y sistemático en obras con un marcado componente político, en especial si son de carácter nacionalista. En definitiva, la nación ha sido una fórmula históricamente muy exitosa a la hora de construir un pueblo o un “nosotros político”, y de hacerlo desde prismas en los cuales el peso del pasado —uno al cual se apela emotivamente y suele estar plagado de héroes y villanos, de hazañas, agravios y traiciones— es muy intenso y puede ser prácticamente omnipresente.

Por eso mismo, y a nivel ciertamente ideal, mientras que la investigación histórica reivindica la distancia y comprender el pasado desde el pasado, el populismo historiográfico incurre sin cesar en el presentismo y en otros tipos de anacronismos flagrantes. El retrato del pasado se confunde y entremezcla incesantemente con las preocupaciones actuales y, por ello mismo, hacen acto de presencia los mismos sujetos políticos, los mismos enemigos o los mismos problemas que absorben a la sociedad hoy en día. La misma elección de los temas se debe entender también desde esa misma perspectiva. Se trata por ello de obras que, además de inspirarse al menos implícitamente en una concepción particular y aleccionadora de la historia como *magistra vitae*, suelen centrarse en la historia política, una animada por esquemas nacionalistas proyectados retrospectivamente y con un discurso blandido en nombre del pueblo o la nación.

Todo eso se atestigua en que, pese a referirse a episodios distantes, se puedan usar expresiones como “nosotros”, “nuestra historia” o las variantes respectivas, presentes incluso en títulos de libros como *Lo que hicimos por el mundo* de Javier Martínez-Pinna (2021). Sin embargo, se trata en verdad de un nosotros elástico que puede identificarse con ciertos pueblos del pasado (como los romanos o los visigodos) y otros no (como los árabes), y que es simultáneamente sincrónico y diacrónico: sincrónico, porque envuelve al autor y al lector; diacrónico, porque los religa históricamente desde una unión muy lejana que debe interpelar a este último. Eso se pone de relieve en autores actuales como José Javier Esparza, quien en *Te voy a contar tu historia* (2023) ha escrito que “los visigodos no murieron: como la energía, se transformaron. Se transformaron en lo que nosotros somos hoy [...]. Así concluyó la historia de aquel pueblo que cruzó media Europa buscando una patria. Esa patria era la nuestra” (2023, p. 104). Dichas líneas se repiten casi literalmente en otras obras suyas como *Visigodos* (2018) o *No te arrepientas* (2021). En esta última, además de contener un exhortativo epílogo titulado “Tú”, le indica al lector que “quizá no lo sepas [...], pero tú eres romano. Enteramente romano” (Esparza, 2021, p. 10). Estos recursos son bastante habituales y traslucen la intención de interpelar y de buscar una complicidad con los lectores.

Por añadidura, y en conexión con el citado concepto de “contraconocimiento”, estos escritos a menudo se presentan orgullosamente como obras de una suerte de contrapropaganda o, por decirlo con Fernando Díaz Villanueva (2021), “contrahistoria de España”. En tales casos, el

objetivo es salir en legítima o necesaria defensa de una España injustamente maltratada o agraviada, y con ello se evidencia el papel subordinado de la historia respecto a la política y del pasado respecto al presente. Eso se advierte incluso en portadas de libros como *Disidencia histórica* del llamado Capitán Bitcoin (2023), cuyo subtítulo es *Manual básico de historia para la defensa de España*. En una línea semejante, Alberto Ibáñez (2018) ha concluido *La leyenda negra: historia del odio a España* con una reivindicación del patriotismo español, pues —en su opinión— “la alternativa es permitir que venza el odio a España” (Ibáñez, 2018, p. 411), mientras que el citado Esparza dice sobre *Te voy a contar tu historia* (2023) que

es un libro escrito por un español y desde el punto de vista de esa realidad histórica que se llama España. Porque España existe, aunque puede dejar de existir. El objetivo de este libro es contar nuestra historia colectiva a una generación a la que ya nadie se la enseña o, aún peor, se la enseñan al revés de como fue. También es una forma de intentar que España siga viva: pronunciar una vez más su nombre [...] Este libro, modestamente, está escrito para interpelar al español que mira alrededor y quiere saber quién es y por qué está aquí. Y para que, sabiendo todo eso, llegue a la conclusión de que España merece sobrevivir. Ése es, en realidad, el reto fundamental de nuestro tiempo. (Esparza, 2021, p. 7)

Por ello, no debería sorprender en primer lugar que estas obras tengan una intencionalidad política clara y exhorten indisimuladamente al lector a que reaccione y actúe en beneficio de la nación española. Esta aparece entonces como algo previo y más importante que las diferencias ideológicas, razón por la que se promueve un patriotismo, pretendidamente de carácter transversal, con el que salvar al país de la denunciada y expuesta como desastrosa deriva del presente. De hecho, estos escritos están animados por un pesimismo estructural que solo es capaz de ver la actualidad bajo el rostro de una alarmante situación de crisis frente a la cual pretenden intervenir abiertamente, e intentan hacerlo desde una reconstrucción del pasado que movilice, ilumine y guíe el futuro. En esta línea, Alberto Ibáñez ha retratado su libro *El sacro imperio romano hispánico* como “una bomba nuclear táctica” (2024, p. 83) y —por decirlo con sus palabras— ha promovido una “historioterapia” que cure la negrolegería “hispanobobería” con el fin de recuperar la autoestima colectiva (2024, p. 894 y ss.). Al final de la obra propone asimismo un dodecálogo para la acción y agrega que “el renacimiento de la Comunidad Hispánica es posible. Ha llegado el momento de hacer frente al antihispanismo” (2024, p. 7256). Por su parte, el libro

Disidencia histórica del Capitán Bitcoin concluye con estas inequívocas líneas:

Es hora de cambiar el rumbo. De implicarse [...]. De sumarse a proyectos patrios de futuro. De rechazar a partidos que vehiculen la agenda globalista. Y todo esto debe construirse en sólido, es decir, sabiendo quiénes hemos sido y quienes somos ahora. Rechazando una interpretación deformada de la historia. Cuando se priva de su pasado a una nación, de su cultura y la religión de sus antepasados, desintegrando los valores tradicionales y la estructura moral, no existe base adecuada para pensar y definir a dónde se quiere ir. No puede haber un futuro exitoso sin una estructura fuerte que recupere la memoria de quiénes fuimos y a dónde vamos. (Bitcoin, 2023, pp. 444-445)

Ahí es donde se observa un vínculo estrecho entre el populismo y el nacionalismo en el terreno de la historia que no tiene por qué darse en otros campos. No es extraño, dado que la nación es entendida como el pueblo desde una perspectiva histórica; un pueblo, por tanto, que no solo es presente, sino que (supuestamente) está apuntalado y confirmado por un largo pasado, así como un destino común que es el que también debe proveerlo de un futuro promisorio. Lo que somos, incluso lo que seremos o deberíamos ser en el futuro —se sugiere— depende de lo que fuimos; o más bien de lo que se afirma que fuimos. Los tres tiempos se anudan de esta manera e influyen recíprocamente. Dicho en otras palabras, esa conversión del pueblo en la nación que se impulsa desde esos datos seleccionados y maquillados del pasado desempeña un papel central en este populismo historiográfico (mientras no tiene por qué tenerlo en otras formas de populismo donde el papel desempeñado por la historia es menor). En consonancia con esta cuestión, Marcelo Gullo ha destacado que “la batalla por el relato histórico” es “la más importante de todas las batallas culturales” (2023b, p. 465).

Por extensión, estos libros pueden mezclar abiertamente lo descriptivo con lo prescriptivo y llevan así a cabo un descarado presentismo que, sin embargo, no es problematizado ni tampoco parece ser problemático. Al menos no en el *propio* bando, pues sí se denuncian en cambio, y ciertamente a veces con razón, otros relatos históricos actuales por incurrir en ello. Un rasgo distintivo del populismo historiográfico, uno visible en muchos otros aspectos, es la asimetría argumental: se proyecta a los antagonistas un filtro crítico e incluso hipercrítico que no se aplica a sí mismo.

Otro aspecto habitual es el propósito psicológico o moral de este tipo de obras, el cual suele conectar explícitamente con el mencionado y muchas veces exhibido proyecto de recuperar la autoestima nacional. Por ejemplo, Alberto Ibáñez empieza *La leyenda negra* con el epígrafe “la autoestima robada”, y *Disidencia histórica* del capitán Bitcoin dedica un apartado inicial a “la historia de España como historia moral”. De nuevo, eso se exhibe incluso en el subtítulo de libros, como el de *35 razones para estar orgulloso de la Historia de España* que acompaña a *No te arrepientas* de Esparza. Según estas perspectivas, la regeneración de España depende entonces de una recuperación moral previa por la que se debe poder mirar al “propio pasado” con orgullo. Al respecto, se debe añadir que este refuerzo moral es algo que muchas veces parecen conseguir en sus lectores. Por ejemplo, acerca del éxito de *Imperiofobia*, José María Calleja ha señalado que “es todo un síntoma que demuestra la necesidad urgente que hoy tienen muchos españoles de un rearme argumental, de la búsqueda de un orgullo previo establecido con datos ciertos por ser español” (Calleja, 2020, p. 41). Por su parte, Emilia Landaluce ha ensalzado el libro de Roca Barea por su estilo “ágil y directo” y ha agregado que se ha convertido en un bálsamo y en un “libro de autoayuda para los españoles” (Landaluce, 2018, p. 72 y ss).

Además, dicha dimensión moral también se proyecta al pasado y, por ejemplo, sirve para explicar fenómenos como el declive del Imperio español. Al respecto, Roca Barea ha señalado que la Leyenda Negra contribuyó a la “demolición moral” de España o que en el siglo XVIII se inició “el proceso de desestructuración moral del Imperio español, que, junto con otros factores que iremos viendo, llevará a su completa desintegración política” (Roca Barea, 2019, pp. 218-219). Dicha cuestión moral, pues, adquiere una centralidad tanto en la explicación del presente como en la del pasado y, en consecuencia, no es extraña la constante moralización que se hace del pasado y del presente.

En consonancia con lo anterior, se emplea una retórica épica, apasionada e hiperbólica. Esta puede ser de carácter victimista y, en tal caso, se destaca el carácter inaudito de la Leyenda Negra, retratada por Alberto Ibáñez como “la mayor campaña de marketing de la historia” (2018, p. 156) o por Marcelo Gullo como “la primera *fake news* de la historia” (2023, p. 138). Por otro lado, dicha retórica puede ser también de tonos más bien heroicos con el fin de realzar las grandes hazañas patrias. Naturalmente, la conquista de América, retratada como una epopeya única e insólita en la

historia, es el episodio más invocado y ensalzado, de nuevo desde ópticas impregnadas de este componente épico y moral. De ahí también títulos recientes de libros como *Los invencibles de América* (2016) de Jesús Ángel Rojo Pinilla o *Hernán Cortés, gigante de la historia* (2019) de Ramón Tamames. Este último autor ha añadido a una obra reciente suya, *La mitad del mundo que fue de España* (2021), el subtítulo de *Una historia verdadera, casi increíble*; mientras que Esparza ha descrito la conquista de América como “la mayor empresa de exploración, conquista y población jamás acometida por pueblo alguno” (2023, p. 268). Jesús Ángel Rojo Pinilla ha añadido que

la historiografía mundial ha tratado de distorsionar una hazaña que no tiene parangón por la única razón que fue realizada por españoles. Nunca antes se escucharon tantas mentiras, exageraciones e injurias sobre un hecho histórico de tal envergadura. Cualquier país del mundo se sentiría orgulloso de la gesta del descubrimiento de América y de los héroes que la llevaron a cabo. Sin embargo, España ha consentido que una falsa leyenda negra la ponga de rodillas ante el mundo, gracias a una absurda indolencia de su clase dirigente y de una sociedad anestesiada, incapaz de defender sus orígenes frente a las calumnias y mentiras de las ideologías más destructivas. (Rojo Pinilla, 2016, p. 13)

El reverso de esta retórica es la referencia continua a un lenguaje de “buenos” y “malos” o de “amigos” y “enemigos”. A veces incluso está presente en los mismos títulos, como *Grandes traidores a España* (2017) de Rojo Pinilla, cuyo subtítulo es “porque conocer quién nos traiciona nos hace más fuertes” y donde suministra un elenco que parte del conde Julián y pasa por Fray Bartolomé de las Casas, Antonio Pérez, Pau Claris o Sabina Arana hasta finalizar en Carles Puigdemont y “el totalitarismo sedicioso catalán”. Dicho enfoque se puede aplicar también al lector y, por ejemplo, Roca Barea desliza al final de *Imperiofobia* que “a estas alturas o es ya un amigo, y por tanto hay confianza, o un enemigo irreconciliable” (2018, p. 478).

Para ello el populismo historiográfico se suele apoyar en clichés de gran eficacia pública, como la distinción de Gustavo Bueno entre imperios generadores y depredadores que se ha extendido también en este tipo de narraciones (Gullo, 2023, pp. 81-82), o —en caso necesario— en relatos y marcos antiguos, muchas veces relacionados con historiografías oficiales de otras épocas y adecuadamente actualizados.³ Este aspecto es no poco importante, pues conecta con la memoria directa o indirecta de una

importante parte de la audiencia contemporánea y facilita la sensación de que su cuestionamiento se explica por motivos espurios y ajenos a la propia investigación histórica.

Estas obras populistas también recurren frecuentemente a falacias, en muchos casos *ad hominem*, e intercalan juicios de valor para desacreditar a historiadores no afines o también personajes históricos, en especial figuras clásicamente detestadas como Antonio Pérez, Guillermo de Orange o sobre todo Fray Bartolomé de las Casas. Con ello se fomentan maniqueísmos que, pasados por el filtro de la moralización, favorecen la polarización de un debate público muchas veces inexistente y, en este caso, cómo el origen propio de la Leyenda Negra procedería de un (mal) español. Sintomáticamente, Alberto Ibáñez pone como título de un apartado de *La leyenda negra* (2018) que “el mayor enemigo de un español... sigue siendo otro español”.

En efecto, la cuestión de la *Antiespaña* sobrevuela inevitablemente en muchos de estos escritos. Como en numerosas lógicas populistas, la identidad se intenta construir desde un antagonismo que pasa por la relación amigo-enemigo y donde la personificación máxima de este último no es otra que un enemigo interior que fundamentalmente se entiende como un agente al servicio del exterior. Esta fijación es comprensible, puesto que es esta alteridad cercana la que es interiorizada y padecida como la que imposibilita la aspiración a lograr articular políticamente la nación como totalidad o, ni siquiera, como mayoría social. De ahí también la obsesión en estos casos por todas aquellas amenazas, reales, exageradas o directamente imaginadas, que supuestamente ponen en grave peligro la salud o la identidad de la patria (Zanatta, 2014, pp. 110 y 271). El problema —por decirlo en diálogo con Pierre Rosanvallon (2020)— es que una aporía estructural de este tipo de planteamientos consiste en que, por todo ello, la misma nación enarbolada e idealizada es asimismo inalcanzable e inevitablemente problemática y discutida, incluso entre los propios defensores del nacionalismo español.

Otra consecuencia de este lenguaje hiperbólico es el cultivo de un relato excepcionalista con múltiples rostros. Uno repetido es considerar la Leyenda Negra española como la única y por excelencia en el mundo, razón por la que no resulta necesario adjetivarla. También hay otros excepcionalismos relacionados, como esos que vuelcan la responsabilidad sobre la propia sociedad española. Marcelo Gullo señala al respecto que

España es “la única nación del mundo en la que una parte importante de su población ha asumido la historia que sus enemigos han contado y cuentan sobre ella” (Gullo, 2022, p. 28). En una línea parecida, Alberto Ibáñez ha destacado de España que padece un caso único en el mundo de disonancia cognitiva colectiva, el cual se puede resumir como “un síndrome del hispano acomplejado, masoquista, ingenuo y dividido contra sí mismo” (Ibáñez, 2024, p. 1092).

De todos modos, se debe aclarar que, aunque el nacionalismo se suele asociar a marcos propios de la derecha política, no son en verdad ajenos a la izquierda. Un caso reciente lo personifica Alán Barroso, quien ha escrito *Patria digna* (2022) en clave populista con el propósito de promover un sedicente patriotismo de izquierdas. Por ejemplo, este autor sostiene que

durante las últimas décadas, las muestras de afecto patriótico se han pervertido hasta el extremo y se han convertido en patrimonio exclusivo de los más férreos enemigos del progreso [...]. Nosotros nos mantenemos impasibles y tartamudeando cuando se trata de hablar de nuestro pasado. Cuando no deberíamos. Los españoles tenemos infinidad de experiencias históricas progresistas reseñables que van desde la guerra de los comuneros contra la monarquía parásita hasta la huelga de la Canadiense por la jornada laboral de ocho horas, o todas las veces que los Borbones tuvieron que huir de España ante el hartazgo del pueblo. Todos esos episodios, y muchos más, podrían ser utilizados para expandir nuestro relato histórico de orgullo nacional en clave progresista y, además, hacerlo de una manera mucho más honesta y cercana que la de la derecha y sus mitos caducos, antiguos y que ya huelen a rancio. Es hora de comenzar a renunciar a una tradición que no nos ha traído nada bueno. Renunciar a ser apátridas, renunciar a ser la única izquierda del mundo que no tiene patria y renunciar a que nos sigan robando un país que no les pertenece. Renunciar a todo eso para, de una vez por todas, recuperar España y su historia para la gente común. (Barroso, 2022, pp. 17-18)

Con ello saltan a la vista varios rasgos que son comunes a muchos otros representantes del populismo historiográfico: desde una retórica inflamada que apela a los afectos y la profusión no solo de juicios valorativos, hasta afirmaciones tajantes o expresiones como «siempre», «nunca» o equivalentes que cierran el texto a la complejidad. Por añadidura, se recurre a excepcionalismos alternativos (como “la única izquierda del mundo que no tiene patria”) como elementos de singularización y movilización. Similarmente, y desde una posición ideológica muy distinta,

Alberto Ibáñez ha señalado que España “es el único del mundo donde está mal visto que sus nacionales amen sanamente a su país, pero no que lo odien” (2018, pp. 19-20). Para acabar, Barroso usa de tal modo las palabras “patria”, “nación” y “pueblo” que, en el fondo, pueden ser intercambiables. Eso se plasma aún más cuando destaca que

durante años los poderosos nos robaron España, pero eso no significa que nos hubiesen robado la patria, porque la patria resistió allí donde había pueblo [...]. Nos robaron España precisamente aquellos que más se podían permitir no tenerla. Aquellos a los que menos falta les hacía. Por eso nuestra tarea debe ser recuperar España para la gente común [...]. La principal víctima de la historia oficial siempre ha sido el pueblo. Y el pueblo siempre ha sido lo único que merece la pena a la hora de sentir orgullo por algún país. No se debería creer en un orgullo ciego por la historia de un país cuando esa historia tan solo es producto de acciones criminales perpetradas por casas reales poderosísimas a costa de un pueblo cautivo. (Barroso, 2021, pp. 21-22 y 37)

Ahora bien, y pese a los importantes elementos en común, o que la nación no sea entonces más que otro rostro de ese pueblo invocado, el populismo historiográfico no es lo mismo que lo que, por contraste, podríamos llamar “nacionalismo historiográfico”. Para empezar, porque hay obras no nacionalistas con rasgos propios del populismo historiográfico. Por ejemplo, un libro antiimperialista tan célebre como *Las venas abiertas de América latina* (1971) de Eduardo Galeano es una obra de movilización que se sirve de recursos populistas.⁴ Algo semejante se podría decir del reciente, influyente y discutido *The 1619 Project* (2019) de Nikole Hannah-Jones, pero también de unas cuantas de sus furibundas críticas. Por el otro lado, muchos libros de historia influidos por el nacionalismo no siguen el *modus operandi* populista. Por ello, es menos importante *qué* se defiende que el *cómo*, si bien ambas cuestiones no sean fácilmente desligables. Un aspecto determinante es el distinto destinatario de los diferentes enfoques. Mientras que un escrito académico va destinado preferentemente a una comunidad científica cuyo juicio a menudo teme, el populista se dirige a una audiencia mucho más amplia y menos especializada, menos exigente o rigurosa con este tipo de cuestiones (y más con las consecuencias políticas de las afirmaciones históricas). Frecuentemente, dentro del populismo historiográfico se escribe para unos lectores “ya convencidos” y alineados con la misma causa a los que suministra munición para sus argumentarios histórico-políticos.

Populismo historiográfico, revisionismo y pseudohistoria

Para continuar el análisis del populismo historiográfico puede ser útil realizarlo a partir de sus semejanzas y desemejanzas con otras categorías historiográficas conocidas como las de revisionismo y pseudohistoria. De esta manera, pues, son las similitudes y disimilitudes las que pueden ayudar a calibrar este fenómeno a partir de una aproximación más bien de carácter indirecto.

En primer lugar, el populismo historiográfico no debería ser identificado con el revisionismo. El primero ciertamente puede revitalizar tesis revisionistas (o negacionistas) y divulgarlas como descubrimientos o, al contrario, como si hubieran sido injustamente marginadas por parte del estamento académico. Un recurso clásicamente populista consiste en declarar la propia tesis como novedosa o, si acaso, como una injustamente perseguida por razones políticas, no pocas veces con afirmaciones que coquetean con teorías de la conspiración. No es extraño, pues se alimenta de una retórica antisistema, en este caso proyectada al campo del conocimiento, y que, de paso, conduce a desautorizar la investigación académica y a tacharla incluso como una forma de pseudohistoria.

Por ejemplo, eso ha sucedido con el polémico Pío Moa. Un libro suyo representativo es *Los mitos de la guerra civil* (2003), no solo por su ingente cantidad de ventas o su destacada capacidad de influir en el debate público, sino también por retratarse a sí mismo el autor como un revisionista en un sentido positivo, denunciar las explicaciones históricas alternativas como míticas y presentar *a contrario* la propia obra como la auténtica historia. Además, y pese a su éxito editorial, Moa denuncia haber sufrido una persecución oficial e incluso internacional. En la reedición de 2022 del libro mencionado, y tras su traducción al francés, Moa ha añadido que

la mentira se ha mantenido mediante el silenciamiento de las versiones discrepantes y se ha oficializado en España mediante leyes totalitarias, pero ha dejado siempre un regusto de sospecha y malestar. Por eso es posible que la traducción de esta obra al inglés, al alemán o al italiano, evitada, casi prohibida hasta ahora, causara en esos países una conmoción parecida a la francesa. (Moa, 2022b, pp. XIII-XIV)

No por casualidad, Moa ha publicado también *Galería de charlatanes* (2022), una recopilación de artículos donde ajusta cuentas con historiadores tan distintos, también a nivel ideológico, como Santos Juliá, Joseph Pérez,

Paul Preston, Antonio Elorza, Henry Kamen, Helen Graham, Manuel Tuñón de Lara, Enrique Moradiellos, Ángel Viñas, Joan B. Culla, Ian Gibson, Francisco Espinosa, Justo Serna, Edward Malefakis, Javier Tusell, Antony Beevor, Michael Seidman e incluso Fernando García de Cortázar, César Vidal o Jorge Vilches (Moa, 2022c). Con el fin de asimilarlos a la pseudociencia estalinista, también ha hablado en ese escrito en términos de historiografía *lisenkiana*. De esta manera, pues, el problema no solo tendría que ver con ciertos profesores universitarios ideológicamente contrapuestos, sino con prácticamente todo el estamento universitario.

Por su lado, Marcelo Gullo se ha referido al “ideologizado *establishment* universitario” como una supuesta unidad corporativa con una sola voz y sin pluralidad interna, naturalmente contraria a sus intereses (Gullo, 2021, p. 49), mientras que el Capitán Bitcoin ha añadido que “nadie que quiera tener una carrera académica o artística de éxito, en el ámbito universitario o de las artes, se atreverá a desarrollar ideas o narrativas que colisionen de algún modo contra la oficialista del sistema” (2023, p. 10). Estos ataques generalizados pretenden retratar la institución universitaria como una entidad de poder, incluso hegemónica y/o *woke*, al servicio de la historiografía foránea y frente a la cual se debe defender una de carácter propiamente nacional o patriota. Una vez más, no se trata de algo nuevo, sino una actualización presente de posturas adoptadas ya hace más de un siglo por conocidas figuras pasadas como Julián Juderías (1997, p. 319) o José María Salaverría (1917, p. 137). Además, con ello se justifican visiones unilaterales que solo se preocupan por los de un lado y lo “explican” todo desde ahí. Las fuentes de autoridad reivindicadas también provienen principalmente de ahí, mientras que las incómodas quedan automáticamente desautorizadas por formar parte del “discurso del enemigo”. Obviamente, el historiador populista en cuestión se alinea explícitamente con una causa y también aquí recurre con frecuencia a una retórica del “nosotros y ellos”.

Ahora bien, se debe decir que no siempre el revisionismo ha pretendido ser populista ni ha utilizado sus estrategias más características. En cambio, el populismo historiográfico sobresale por perseguir clara e incluso descaradamente la conquista de la opinión y —más importante aún— suele buscar la construcción, reafirmación o redefinición de un “nosotros” político desde el discurso histórico. La escritura de la historia conecta así con la reescritura de la memoria colectiva, y el pasado aparece como una

especie de presente extendido hacia atrás; uno donde lo que «vende» es la relectura de ese pasado que, por muy lejano que pueda ser, debería interpelarnos plenamente todavía en la actualidad (Straehle, 2020).

Hay que tener en cuenta que la memoria no solo sirve para recordar, sino también para olvidar o postergar los episodios menos cómodos, digeribles o dominables de la historia. Eso ha influido en el *revival* de la mencionada Leyenda Negra, asociada cronológicamente a la etapa más gloriosa del Imperio español y de la que se declara su plena y dramática vigencia contemporánea. En cambio, desde posicionamientos ideológicamente semejantes, también se sugiere que la divisoria memoria de la mucho más reciente Guerra Civil o del franquismo solo forma parte del pasado y que ya es hora de superarla, como si, pese a la cronología, fuera una historia lejana y muerta para la actualidad.

Otro buen ejemplo se da en Cataluña, donde muchas veces se prefiere cultivar la memoria de episodios, debidamente presentizados, como la Guerra de los Segadores o la icónica fecha de 1714, frente a otros posteriores y menos encajables en la retórica nacionalista actual, como la participación catalana en la Guerra de la Independencia Española, más reivindicada sin embargo por el nacionalismo catalán en el siglo XIX. Eso se ha plasmado también en libros como *Els herois de 1714* (2013) de Francesc Serra, quien ha defendido que “hoy en día, otra vez en tiempos de ofensiva españolista contra la nación catalana, nos conviene tener a los héroes de 1714 como referentes y defender también nuestra libertad y nuestra dignidad hasta el final” (Serra, 2013, p. 12). En el campo de la memoria no es contradictorio que lo más distante pueda ser lo más próximo, intenso y presente a nivel emotivo o político.

Como en el caso del mencionado Pío Moa, cuyas últimas monografías abordan la Reconquista y el Imperio español, eso no implica que el nacionalismo español eluda el pasado de los años treinta del siglo XX, sino que prefiere situar el foco en otros episodios ahora mismo más reivindicables o rentables políticamente. Se pasa así de una memoria negativa —centrada en criticar el relato histórico del otro lado político— a una positiva, focalizada en intentar construir, reivindicar y defender una historia propia desde donde propiciar un futuro distinto y, en consecuencia, más interesada en la memoria imperial que en un franquismo mucho más incómodo y menos defendido, muchas veces preferiblemente esquivado a causa de su carácter

divisorio. Ahí es donde se perciben con mayor claridad las huellas de este mensaje populista.

Por el otro lado, el populismo historiográfico no debería ser directamente identificado con la pseudohistoria, algo más asociado a iniciativas como el Institut Nova Història, conocido por sus inverosímiles fabulaciones sobre la catalanidad de Colón, Cervantes y un creciente y ocurrente etcétera diseccionado críticamente en el exhaustivo libro colectivo *Pseudohistòria contra Catalunya* (Baydal y Palomo, 2020). El populismo historiográfico se suele mover más en una categoría intermedia que no se define tanto por la mentira o la ficción absoluta e inventada del pasado como más bien por la selección, la exageración y/o la deformación. A causa de su pátina de veracidad, el populismo historiográfico explica su popularidad y muchas veces también su prestigio público, plasmado incluso en forma de galardones o reconocimientos oficiales; o también su al menos relativa aprobación por parte de no pocos historiadores afines dentro de la academia. En cambio, la pseudohistoria, si bien puede apelar formalmente a unos recursos semejantes, los lleva hasta extremos más increíbles e inventivos, como en los casos de Gavin Menzies, Graham Hancock, Ignacio Olagüe, Immanuel Velikovsky o los negacionistas del Holocausto (Fritze, 2009). Un buen ejemplo cercano lo encarna el nacionalista catalán Jordi Bilbeny, miembro destacado del Institut Nova Història y quien en *Inquisició i decadència: orígens del genocidi lingüístic i cultural a la Catalunya del segle XVI* (2018) emplea un término como “genocidio” en el título y escribe pasajes como este:

Ha habido destrucción. Despiadada, contumaz, incansable. Siempre legal y casi imperceptible [...]. Así pues, el genocidio lingüístico y literario de nuestra cultura [...] no comenzó en 1714, como una lectura sesgada, superficial, miope y demasiado frecuentemente interesada y llena de renuncias nos ha querido inocular. Viene de más lejos. De mucho más lejos. Arranca con la introducción de la Inquisición castellana en el siglo XV y se nos muestra aún más feroz y terrible. Este libro es la más viva denuncia. (Bilbeny, 2018, p. 247)

La diferencia entre pseudohistoria y populismo historiográfico reside en que este último se sitúa generalmente en el acto de tomar ventajosamente una parte por el todo —una parte, por cierto, a menudo también maquillada—, y con ello invisibiliza o menosprecia lo que no cuadra con su relato. Más que con falsedades históricas —que, aunque se dan, no suelen

ser el centro de la narración— destaca por los sesgos, las sobreinterpretaciones, las retorsiones, las selecciones y las consiguientes omisiones.

Eso explica que lo contrario a un relato populista no suele ser la tesis contraria, la cual puede recaer en sus defectos, sino la potenciación de otros recursos en lo práctico menos atrayentes y utilizables políticamente como la prudencia, la problematización y el matiz, procurando limitar las conclusiones a lo que permiten las fuentes disponibles. De hecho, los populismos historiográficos se pueden retroalimentar y cada uno puede denunciar (con no poca razón) los sesgos y retorsiones del otro como formas de pseudohistoria, pese a no ser capaz de admitir los propios. Por ejemplo, Marcelo Gullo ha denunciado el Institut Nova Història al mismo tiempo que ha sobredimensionado su influencia y lo ha descrito como “la *intelligentzia* catalana” (2021, p. 456). La pseudohistoria siempre son los otros.

Rasgos adicionales del populismo historiográfico

Si la historia como herramienta crítica, y desde un prisma ideal, se propone problematizar y matizar, evitar generalizaciones y deshacer prejuicios o clichés, el populismo historiográfico difunde otros nuevos o actualiza antiguos. Además, suele ofrecer grandes explicaciones generales que son más fáciles de vender y resultan más rentables a nivel político. De hecho, estas obras suelen abordar temas muy amplios; incluso pueden revisitar la historia entera de España en apenas unos centenares de páginas, o proporcionan selecciones de episodios que pretenden reflejar lo ocurrido durante varios siglos y donde lo que importa es sobre todo repetir “la tesis” que se defiende. En verdad, se trata más bien de un apriorismo claro y rotundo que, presentado como la clave explicativa del pasado, lo anuncian, recuerdan y “demuestran” machaconamente, muchas veces desde selecciones de hechos complementadas por sesgos de confirmación. Se debe tener en cuenta que las explicaciones proporcionadas suelen ser muy simples, muchas veces prácticamente monocausales, con lo que pueden pretender dar cuenta de un fenómeno largo, extenso y complejo desde un único factor que mágica y oportunamente permite comprender todo.

Por cierto, el factor explicativo propuesto en estas obras, y que puede coquetear con las teorías de la conspiración, se puede identificar con un colectivo culpable que conecta el pasado con el presente y facilita la comentada dialéctica del amigo/enemigo. O también puede ser en muchas

ocasiones psicológico, bajo la forma de fobias, envidias, resentimientos o complejos de inferioridad o superioridad. Eso ayuda a explicar el éxito de la recurrente y maleable hispanofobia como “explicación” de la Leyenda Negra o, en Cataluña, de la simétrica catalanofobia (Ferrer i Gironès, 2000). Para conseguir su objetivo, en estas obras la información recolectada se sobreinterpreta o se recurre a una selección (*cherry picking*) voluntarista de determinados episodios, a menudo desgajados de su contexto, como si todos ellos significaran fundamentalmente lo mismo y se subordinaran mansa y armoniosamente a la explicación general propuesta. Otro recurso es el *red herring*, por el cual el autor desvía oportunamente la atención del lector con otros temas para evitar confrontarse con los propiamente problemáticos y destacar únicamente aquello —positivo o negativo— que se quiere resaltar. Además, también se suministran comparaciones interesadas, para resaltar que los otros países actuaron peor, y/o se aduce falsamente que las otras memorias nacionales no son cuestionadas, para alimentar un relato victimista de la excepcionalidad nacional.

En una línea semejante, también se exageran los calificativos negativos a la hora de describir aquellos gobiernos o países que se quieren criticar y que muchas veces simplemente “se sueltan”, sin que se expliquen o razonen desde la historia. Estos excesos terminológicos son muy importantes, ya que son lo que luego se esgrime principalmente en espacios como las redes digitales para calificar o descalificar. Un ejemplo es el abuso asimétrico de la etiqueta de “totalitario”, empleada por Pío Moa para retratar al Frente Popular de la Segunda República Española (al mismo tiempo que solo utiliza el de “autoritario” para la dictadura franquista) o para tachar a los gobiernos de izquierdas de los últimos años en España o a las leyes de memoria histórica (Moa, 2022, pp. 16 y 568). También se ha utilizado con profusión esta misma palabra para demonizar los imperios precolombinos y así redefinir la conquista de América bajo el rostro de una pretendida y positiva liberación. Por ejemplo, Borja Cardelús se ha referido en *América hispánica: La obra de España en el Nuevo Mundo* (2021) a los “regímenes totalitarios, tiránicos y teocráticos” de los amerindios y ha añadido que “de haber llegado nadie, hoy seguirían los indios presos de tiranías teocráticas” (2021, posición Kindle 16.715). En paralelo, Marcelo Gullo ha retratado al imperio inca como totalitario y, frente a las acusaciones de un genocidio español, ha respondido que el imperio azteca es “el más genocida que ha conocido la historia” (2022, p. 36). Luego ha especificado que se trata de una “frase que casi nadie se atreve a decir por temor a las represalias de los

guardianes del aparato mediático-académico instaurado por la dictadura de lo políticamente correcto” (2022, p. 36).

No es extraño, pues, que lo importante de estos relatos no sea solo lo que dicen sino también lo que omiten. En realidad, y aunque el nivel de veracidad de estos escritos sea considerablemente variable, pueden describir episodios concretos más o menos correctamente y exponer tesis parcialmente ciertas —de ahí que puedan parecer verosímiles a muchos lectores—, pero también estiran esa parcialidad hasta convertirla en un todo exagerado o directamente falso. Un buen ejemplo es la misma Leyenda Negra, la cual ciertamente tuvo una importante existencia a nivel histórico y todavía tiene ciertos efectos en el presente, aunque su incidencia actual es mucho menos reducida de la sostenida por quienes la mencionan sin parar.

Por añadidura, frente a las críticas que denuncian su simplicidad, el populismo historiográfico se refugia a menudo en el pretexto de moverse en el terreno de la divulgación, una que a la hora de la verdad habitualmente no difunde el estado actual de la investigación en historia, sino que contradice o ignora sus avances, incurre en numerosos presentismos, se salta las reglas elementales de la metodología y presenta como novedosas tesis ya hace tiempo refutadas. Por ello mismo, estas obras no problematizan ni profundizan en las principales conclusiones; justifican los resortes *populares* empleados e incluso la ausencia de un auténtico aparato crítico. En su último libro, y en verdad en continuidad con lo afirmado por el mismo autor en *La reconquista y España* (2018), Moa ha llegado a escribir: “he prescindido de notas en este ensayo porque la inmensa mayoría de la documentación es hoy fácilmente localizable en internet, lo que hace algo pedante ese tipo de referencias, salvo en trabajos muy especializados” (Moa, 2022, p. 570).

Para acabar, este populismo historiográfico también se sirve de un tono apasionado y vehemente o de expresiones inflamadas que se asocian a una “sinceridad”, un “compromiso” y una “valentía” alabados públicamente. De hecho, estas obras, pese a que puedan tener gran apoyo mediático o político, se suelen presentar como osadas, y sus autores son retratados desde una retórica transgresora y épica como “políticamente incorrectos”. Un ejemplo claro es el citado y anónimo Capitán Bitcoin, autor no solo del reciente *Disidencia histórica* (2023), sino también de *Disidencia defensiva* (2022) o *Disidencia activa* (2022), cuyo subtítulo es el de *Manual contra la*

dictadura progre (2022). Una vez más, esta actitud transgresora forma parte de una tendencia en verdad transnacional y consolidada en los últimos años. Desde una perspectiva semejante, el popular escritor francés Jean Sévillia instituyó ya en 2006 el “Premio al libro incorrecto del año” en Francia y él mismo ha publicado libros como *Históricamente correcto* (2003), *Moralmente correcto* (2007) o *Históricamente incorrecto* (2011), los cuales también conectan con el populismo historiográfico aquí expuesto.

En resumidas cuentas, lo que suele faltar más en los escritos del populismo historiográfico son las aristas, matices y contraejemplos; todo aquello que pueda invalidar y problematizar la tesis expuesta. En vez de abordarlos o de mencionarlos, se prefiere infravalorarlos o pasarlos por alto como si no existieran, y se fomenta una simplificación y unidimensionalización de la historia que, de paso, corre el riesgo de serlo también de la política. Como consecuencia de ello, se expulsan los claroscuros, las ambigüedades y las ambivalencias del pasado; incluso se interpretan aquellas lagunas de conocimiento desde oportunos argumentos *ex silentio* que respaldan la postura expuesta. La explicación de fenómenos complejos y de largas épocas o procesos conduce así a un relato que, pese a la elevada cantidad de información que pueda amontonar, suele ser simple, plano y maniqueo. De hecho, muchas obras del populismo historiográfico son intercambiables en bastantes aspectos entre sí, dado que el arsenal argumentativo se suele repetir con pocas variaciones.

Frente a todo ello, no debería extrañar que, en su reciente *España diversa* (2024), Eduardo Manzano haya subrayado la necesidad de desnacionalizar la historia, evitar emotividades identitarias y promover visiones que, sin caer en una armónica y falsa fetichización, reflejen la diversidad y pluralidad de la historia española. Por su parte, José Álvarez Junco (2022, pp. 13-16) ha reivindicado hace poco la figura del historiador como una especie de “intelectual público” que debe ayudar a la buena y no partidaria explicación de lo ocurrido en el pasado y, de este modo, enseñe su complejidad real. Además, obras más propias de la historia de la memoria como *Leyenda negra. Una polémica nacionalista en la España del siglo XX* (2011) de Jesús Villanueva son de gran utilidad para comprender los interesados usos y abusos que ha habido de ciertas cuestiones históricas. Para acabar, también han sobresalido algunos intentos de cultivar una divulgación alternativa (Herrán, 2022).

En una línea semejante, y en conexión con la comprensión del teatro épico de Bertolt Brecht, un cometido interesante en la actualidad podría ser el de promover obras o perspectivas que redundaran en una especie de análogo efecto de extrañamiento o distanciamiento (*Verfremdungseffekt*) respecto al pasado. Mientras que el populismo historiográfico busca una oportuna, forzada y parcial identidad o identificación entre el presente y el pasado —a partir de buscar unos mismos sujetos políticos, enemigos o problemas entre los dos tiempos—, de lo que se trataría sería de mostrar más bien lo contrario: recordar y resaltar las propias diferencias de cada pasado, o su “extrañeza”, para evidenciar su irreductibilidad a los discursos del presente, pero sin caer de todos modos en una exotización y/o fetichización contraria.

Conclusiones

La categoría de populismo historiográfico es seguramente problemática porque inevitablemente se caracteriza por cierta pluralidad. No todos los rasgos comentados son compartidos por todos los autores ni tampoco son iguales su politización, su éxito comercial, sus efectos en el discurso público de la historia o su prestigio social. En otras palabras, acudir a los marcos populistas no te garantiza conseguir ser popular (al mismo tiempo que, obviamente, la popularidad no se debe solamente a seguir este tipo de estrategias). Tampoco es igual su relación con el conocimiento histórico y que, según los casos, se puede aproximar más o menos al revisionismo o la pseudohistoria. Y eso por no hablar de que sus intereses o sus proyectos políticos respectivos pueden variar bastante.

Además, toda categoría comporta comprensibles debates acerca de su demarcación y de a quién incluir o dejar de incluir en ella. Por ejemplo, ha habido no pocas críticas a obras como los *best-sellers* de Jared Diamond o Yuval Harari por rasgos que enlazan con el populismo historiográfico aquí expuesto. También en España se ha cargado contra una autora poco rigurosa y muy popular en ventas como Nieves Concostrina por razones similares. En este artículo importa por eso más la categoría en sí, que hace referencia a un tipo de historiografía intermedia o híbrida, una que no es la propiamente investigadora o “científica”, pero al mismo tiempo no debe ser directamente tachada de pseudohistoria ni debe identificarse automáticamente con el nacionalismo o el revisionismo. Fuera de la historia más rigurosa, hay una pluralidad de formas alternativas de “escribir historia” que se caracterizan por su diferente relación con el conocimiento

histórico y que merecen ser estudiadas y comprendidas en su especificidad, también para saber combatir las. Y eso por no entrar en un género tan epistémicamente problemático, y habitualmente tan exitoso a nivel público, como la novela histórica. Sin ir más lejos, la mencionada Roca Barea ha ganado el Premio Primavera de Novela con la obra *Las brujas y el inquisidor* (2023). Por ello, lo que aquí importa más sería lo que podríamos denominar el *estilo* populista. Es decir, y siguiendo a Enzo Traverso (2018), entender el populismo más como adjetivo que como sustantivo, lo que de paso puede abrir la puerta a la existencia de revisionismos o pseudohistorias populistas.

También se es consciente de que las explicaciones históricas populistas se difunden, aún más simplificada, por muchos otros formatos, canales o redes. De hecho, varios de los autores mencionados son destacados *influencers* que no cesan de insistir en las tesis expuestas en sus libros. Otro importante caso alternativo ha sido el protagonizado por el reciente y muy exitoso documental *España, la primera globalización* (2021) de José Luis López-Linares, el cual atestigua la porosidad y retroalimentación de esta multitud de formatos. De hecho, este documental ha derivado a su vez en un libro homónimo, donde López-Linares reúne aportaciones de colaboradores afines como Roca Barea, Gulló o Insua y explica además que el origen de su producción se debió a la lectura de *Imperiofobia* (López-Linares, 2022, p. 22). Más tarde, Roca Barea, la autora más citada e influyente en el populismo historiográfico, ha realizado una reedición ampliada de su conocido *best-seller* y ha incorporado, entre otros, un capítulo titulado *España y la primera globalización*. Recientemente, el propio Linares ha producido en la misma línea otro documental, *Hispanoamérica. Canto de vida y de esperanza* (2024). Así pues, los caminos por los cuales se difunden este tipo de relatos y tesis son muy variados y complejos. Un ejemplo interesante es la fundación en Francia a finales del siglo XX del parque temático Puy de Fou, muy criticado por historiadores franceses como Jean-Clément Martin o Patrick Boucheron por los contenidos que transmitía a nivel histórico, y que en 2021 inauguró su filial española en Toledo. Otro ámbito muy importante es la creciente influencia de los videojuegos en la transmisión del conocimiento histórico, los cuales han fomentado en muchos casos la promoción de nuevos rostros de un nacionalismo en clave digital (Venegas, 2020).

Todo eso también ayuda a comprender el difícil desafío actual en este tema. La amplia presencia de la historia en diferentes formatos y la asimetría

de la esfera pública en estas cuestiones ha hecho que la voz de la academia haya quedado en una situación de inferioridad frente al número de ventas y la repercusión mediática o política de estas obras o producciones. Como se ha señalado, sin duda la mencionada crisis de las mediaciones y el auge de una posverdad muy presente en el terreno de la historia han contribuido a todo ello; pero también el peligro de ensimismamiento por parte de un mundo académico, muchas veces precarizado, enredado en sus propias lógicas, espacios y publicaciones y no pocas veces al margen de este tipo de disputas. Ahora bien, la tesitura actual consiste en que, para velar por la salud de los conocimientos históricos, quizá ya no baste en lo sucesivo solo con investigar y, de algún modo, convendría valorar más su transmisión y divulgación.

Notas

¹ Para diferentes análisis de la Leyenda Negra y derivados, véanse los siguientes monográficos: Furió (2020); García Sanjuán y Carrasco (2023); y Rina, Hernández y Cuesta (2024). Véase también Faber (2022).

² Apenas hay análisis relevantes sobre cómo se divulga la historia en estos espacios. Una excepción parcial es Bunnenberg y Steffen (2019).

³ Sin ir más lejos, ese es el mismo caso de la Leyenda Negra. Aunque se debe recordar que esta tuvo un origen distinto y que ha sido también reivindicada desde otros lados, no se debe por ello olvidar cómo fue ampliamente aprovechada por las dictaduras de Primo de Rivera y de Franco y que fue con ellos cuando alcanzó una mayor difusión (véase Villanueva, 2011). Algo semejante se podría decir de otros marcos como la Reconquista o la memoria imperial; o sobre todo del uso combinado de todos estos relatos.

⁴ Piénsese en un pasaje central como este:

Ahora América es, para el mundo, nada más que los Estados Unidos: nosotros habitamos, a lo sumo, una sub América, una América de segunda clase, de nebulosa identificación. Es América Latina, la región de las venas abiertas. Desde el descubrimiento hasta nuestros días, todo se ha trasmutado siempre en capital europeo o, más tarde, norteamericano, y como tal se ha acumulado y se acumula en los lejanos centros de poder. Todo: la tierra, sus frutos y sus profundidades ricas en minerales, los hombres y su capacidad de trabajo y de consumo, los recursos naturales y los recursos humanos [...]. Para quienes conciben la historia como una competencia, el atraso y la miseria de América Latina no son otra cosa que el resultado de su fracaso. Perdimos; otros ganaron. (Galeano, 2004, pp. 16-17)

Referencias

- Álvarez Junco, J. (2022). *Qué hacer con un pasado sucio*. Galaxia Gutenberg.
- Barroso, A. (2022). *Patria digna. La España que intentaron robarnos*. Ediciones B.
- Batalla, P. (2021). *Los nuevos odres del nacionalismo español*. Trea.
- Bauman, Z. (2017). *Retrotopía*. Paidós.
- Baydal, V., y Palomo, C. (coords.). (2020). *Pseudohistòria contra Catalunya: de l'espanyolisme a la Nova Història*. Eumo.
- Bilbeny, J. (2018). *Inquisició i decadència: orígens del genocidi lingüístic i cultural a la Catalunya del segle XVI*. Librooks.
- Bitcoin, C. (2023). *Disidencia histórica. Manual Básico de Historia para Defender España* [Kindle]. Publicado de forma independiente.
- Black, J. (2014). *Contesting History: Narratives of Public History*. Bloomsbury.
- Bunnenberg, C. y Steffen, N. (2019). *Geschichte auf Youtube: Neue Herausforderungen für Geschichtsvermittlung und historische Bildung*. De Gruyter.
- Calleja, J. M. (2020). *Lo bueno de España. una crónica histórica ante el ataque nacionalista que reivindica el valor de España*. Planeta.
- Canovan, M. (1999). Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy. *Political Studies*, 47, 2-16. <https://doi.org/10.1111/1467-9248.00184>
- Cardelús, B. (2021). *América hispánica: La obra de España en el Nuevo Mundo*. Almuzara.
- Casquete, J. (ed.). (2023). *Vox frente a la historia*. Akal.
- Díaz Villanueva, F. (2021). *La ContraHistoria de España: Auge, caída y vuelta a empezar de un país en 28 episodios históricos*. La Esfera de los Libros.
- Erice, F. (2020). Posverdad, mentira y falsedad histórica la lógica perversa del posmodernismo. *Stoa*, 22, 33-63. <https://stoa.uv.mx/index.php/Stoa/article/view/2611/4497>
- Esparza, J. J. (2018). *Visigodos: la verdadera historia de la primera España*. La Esfera de los Libros.
- Esparza, J. J. (2021). *No te arrepientas. 35 razones para estar orgulloso de la historia de España* [Kindle]. La Esfera de los Libros.

REFLEXIONES SOBRE EL POPULISMO HISTORIOGRÁFICO

- Esparza, J. J. (2023). *Te voy a contar tu historia: la gran epopeya de España* [Kindle]. La Esfera de los Libros.
- Faber, S. (2022). *Leyendas negras, marcas blancas: La malsana obsesión con la imagen de España en el mundo*. Contexto.
- Ferrer i Gironès, F. (2000). *Catalanofòbia*. Edicions 62.
- Fisher, M. (2016). *Realismo capitalista, ¿hay alternativa?* Caja Negra.
- Fritze, R. (2009). *Invented Knowledge. False History, Fake Science and Pseudo-religions*. Reaktion Books.
- Furió, A. (coord.). (2020). La Leyenda Negra hoy, entre historia y política. *Pasajes: revista de pensamiento contemporáneo*, 60, 3-117.
<https://roderic.uv.es/items/a63fe57e-f9a7-4979-8fb9-aa4421b2c950>
- Galeano, E. (2004). *Las venas abiertas de América Latina*. Siglo XXI.
- Garcés, M. (2023). *El tiempo de la promesa*. Anagrama.
- García Sanjuán, A. (2019). Cómo desactivar una bomba historiográfica: la pervivencia actual del paradigma de la Reconquista. En C. de Ayala Martínez, I. C. Ferreira y J. S. Palacios, *La Reconquista: ideología y justificación de la guerra santa peninsular* (pp. 99-121). La Ergástula.
- García Sanjuán, A., y Carrasco, A. I. (coords.). (2023). Usos propagandísticos de la Historia de España: conceptos y narrativas esencialistas. *Nuestra Historia: revista de Historia de la FIM*, 15, 11-132.
<https://dialnet.unirioja.es/ejemplar/651136>
- Gullo, M. (2021). *Madre patria. Desmontando la leyenda negra desde Bartolomé de las Casas hasta el separatismo catalán* [Kindle]. Espasa.
- Gullo, M. (2022). *Nada por lo que pedir perdón. La importancia del legado español frente a las atrocidades cometidas por los enemigos de España* [Kindle]. Espasa.
- Gullo, M. (2023). *Lo que América le debe a España: El legado español en el Nuevo Mundo* [Kindle]. Espasa.
- Gullo, M. (2023b). El relato histórico negrolegendario en la batalla cultural. *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*, 52, 443-468.
<https://doi.org/10.12795/araucaria.2023.i52.20>
- Herrán, M. (2022). *La historia no es la que es. Es la que te cuentan*. Planeta.

- Ibáñez, A. (2018). *La leyenda negra: historia del odio a España*. Almuzara.
- Ibáñez, A. (2024). *El sacro imperio romano hispánico* [Kindle]. Sekotia.
- Juderías, J. (1997). *La leyenda negra. Estudios acerca del concepto de España en el extranjero*. Junta de Castilla y León.
- Landaluce, E. (2018). *No somos fachas, somos españoles*. La Esfera de los Libros.
- López-Linares, J. L. (2022). *España. La primera globalización* [Kindle]. Plaza Janés.
- Lowe, K. (2021). *Prisioneros de la historia: monumentos y Segunda Guerra Mundial*. Galaxia Gutenberg.
- MacMillan, M. (2010). *Juegos peligrosos: Usos y abusos de la historia*. Ariel.
- Manzano, E. (2024). *España diversa. Claves de una historia plural*. Planeta.
- Melleuish, G., Sheiko, K, y Brown, S. (2009). Pseudo History/Weird History: Nationalism and the Internet. *History Compass*, 7, 1484–1495.
- Moa, P. (2022). *Hegemonía española (1675-1640) y comienzo de la Era europea (1492-1945)* [Kindle]. Encuentro.
- Moa, P. (2022b). *Los mitos de la guerra civil*. La Esfera de los Libros.
- Moa, P. (2022c). *Galería de charlatanes*. Actas editorial.
- Offenstadt, N. (2009). *L'histoire bling-bling: Le retour du roman national*. Stock.
- Porrinas, D. (ed.). (2024). *Reconquista! ¿Reconquista? Reconquista*. Desperta Ferro Ediciones.
- Rina, C., Hernández, G., y Cuesta, R. (coords.) (2024). Las metamorfosis políticas y culturales del posfascismo. *Con-ciencia social*, 7, 1-264. <https://turia.uv.es/index.php/con-cienciasocial/issue/view/1737>
- Roca Barea, M. E (2018). *Imperiofobia y leyenda negra: Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español*. Círculo de Lectores.
- Roca Barea, M. E. (2019). *Fracasología: España y sus élites: de los afrancesados a nuestros días*. Espasa.
- Rojo Pinilla, J. A. (2016). *Los invencibles de América*. El Gran Capitán Ediciones.
- Rojo Pinilla, J. A. (2017). *Grandes traidores a España. Porque conocer quién nos traiciona nos hace más fuertes*. El Gran Capitán Ediciones.
- Rosanvallon, P. (2020). *El siglo del populismo. Historia, teoría, crítica*. Galaxia Gutenberg.

REFLEXIONES SOBRE EL POPULISMO HISTORIOGRÁFICO

- Salaverria, J. M. (1917). *La afirmación española. Estudios sobre el pesimismo español y los nuevos tiempos*. Gustavo Gili.
- Sánchez Cuenca, I. (2022). *El desorden político. Democracias sin intermediación*. Libros de la Catarata.
- Serra, F. (2013). *Els Herois del 1714: els defensors de Catalunya*. Base.
- Steinhauer, J. (2021). *History, Disrupted: How Social Media and the World Wide Web Have Changed the Past*. Palgrave.
- Straehle, E. (2020). El resurgir actual de la Leyenda Negra: entre la historia, la memoria y la política. *Pasajes*, 60, 43-66.
<https://roderic.uv.es/items/bd2ecb54-e9bc-45f5-941d-c44a195fcab7>
- Straehle, E. (2021). El populismo historiográfico como problema y síntoma del presente. *Ctxt*.
<https://ctxt.es/es/20211001/Firmas/37438/populismo-histo-riografico-leyenda-negra-nacionalismo-historia.htm>
- Teeuwisse, J. (2023). *Fake History: 101 Things that Never Happened*. WH Allen.
- Thompson, D. (2008). *Counterknowledge. How we surrendered to conspiracy theories, quack medicine, bogus science and fake history*. Atlantic Books.
- Traverso, E. (2012). *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. Fondo de Cultura Económica.
- Traverso, E. (2018). *Las nuevas caras de la derecha*. Siglo XXI.
- Venegas, A. (2020). *Pasado interactivo. Memoria e historia en el videojuego*. Sans Soleil.
- Villanueva, J. (2011). *Leyenda negra: una polémica nacionalista en la España del siglo XX*. Los Libros de la Catarata.
- Zanatta, L. (2014). *El populismo*. Katz.

REVISTA STVLTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 8, NÚMERO 1, PRIMER SEMESTRE DEL 2025
ISSN 0719-983X

Editorial: *Libertas venditur*

Juan Antonio González de Requena Farré

Reflexiones sobre el populismo historiográfico en España. Un ejercicio de historiografía del presente

Edgar Straehle Porras

Llegó rápido, vivió intensamente y murió joven. La primera ola punk en España (1975-1979): recepción social y cultural

David Mota Zurdo y Sergio Cañas Díez

Contramemoria y resistencia subcultural en la exposición *Ander: Resistencia cultural en El Trolley y Matucana 19*

José Cabrera Sánchez y Daniel Jofré Astudillo

El empoderamiento a través de la sexualización. Una perspectiva crítica

Érika Soto Moreno

Una reflexión epistemológica sobre la generalización interna de la etnografía antropológica

Óscar Adrián López Flores

Poesía de Chiloé del siglo XXI: producción editorial y escritura poética

Jannette González Pulgar y Simón Villalobos

Reseña de Levy, N. (2023). *Philosophy, Bullshit, and Peer Review*

Yerko Fernando Gómez Vargas